

La Magdalena y Rentería

Ideal

SOBRE mi mesa de trabajo la cuartilla de nívea blanca, me invita a estampar en ella la consigna de estas fiestas patronales: el ideal del sacrificio espiritualizado. Hermosa misión la del que en nombre de un pueblo laborioso encauza sus alegrías, sus tristezas y sus pesares, ofrendándolos a su excelsa Patrona, en prueba fehaciente de agradecimiento y sumisión.

María de Magdalena ha sentado sus reales en medio de esta villa del Trabajo, incluyendo en su protección el trepidar de sus máquinas y las manos encallecidas de sus obreros, medio necesario para su vida y condición ineludible para su elevación en el orden espiritual.

Por eso, ¡qué triste el que los pueblos desconozcan al angel tutelar de sus empresas! Como si el estudio de las almas y su justo aprecio no influyese en la felicidad de los individuos. Ella nos brinda un ideal y, como buenos hijos, debemos hacer por conseguirlo.

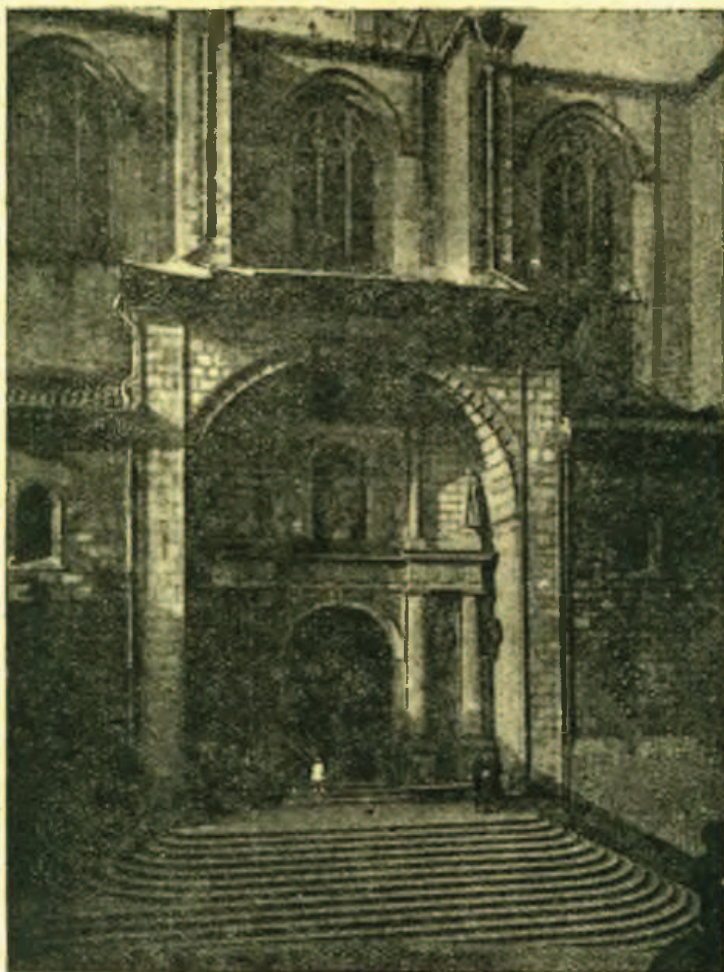
No debe, pues, haber un renteriano que no pretenda, en estos días, aprender la lección del ideal sacrificado en la pecadora de Palestina. Del bienestar temporal y encenagamiento del vicio pasó, ayudada de la gracia, a la humillación cristiana, hasta regar con sus lágrimas ardientes en amor sincero, y limpiar, con la seda de sus cabellos, los pies divinos de Jesús. Su corazón fogoso vió una meta que alcanzar y, por la humillación sincera y el arrepentimiento, llegó a las cumbres de la santidad.

*
* *

En el orden material, se dice que los viejos viven de recuerdos y los jóvenes de esperanzas; y, consecuentemente, los pueblos, compuestos de individuos, tienen en su vida nueva y vieja el recuerdo de sus glorias pasadas y la esperanza de su porvenir. Rentería vive de un recuerdo, su trabajo, y de una esperanza, este mismo trabajo aumentado, que supone sacrificio.

Tan veloz corre el tiempo en su rítmica y vertiginosa danza, que lo que ayer, acaso hoy mismo, era una esperanza, ya no es más que un recuerdo.

La esperanza es la grúa poderosa que eleva a gran altura los materiales



de la vida. El recuerdo es el rodrigón que apuntala el muro carcomido que se desmorona.

La esperanza alienta y fortalece el pecho del joven y lanza a éste a la conquista de seres que no existen, que se adivinan a lo lejos, quizá más allá del lejano horizonte, del camino que se empieza a recorrer. El recuerdo sostiene el paso vacilante del anciano, infunde un suave hálito de vida en su pecho jadeante, presentándole las cosas que pasaron un tanto esfumadas para encubrir sus defectos.

Sin la primera, el joven moriría de inapetencia. Sin la segunda, el anciano acabaría de desgaste. En ambos casos, *un ideal* es la savia de la vida.

En los pueblos también esta confluencia del pasado y del porvenir especifica la grandeza de su historia.

* * *

Pero entre la esperanza y el recuerdo hay un eslabón de oro que enlaza los dos términos y es la base de todos los ideales: la realidad. En razón directa del ideal está el amor; mejor dicho, ideal y amor puede decirse que se identifican. ¡Es tan profunda la relación que existe entre el entendimiento y el corazón! El fuego es luz. El corazón es fuego. El entendimiento es también luz.

¿Y el hombre sin ideal? Tampoco tendrá amor; y el hombre sin ideal ni amor... es una máquina; todo lo complicada que se quiera, pero al fin... una máquina.

Como el pueblo sin pasado ni porvenir será la masa amorfa que se deshará con la herrumbe de los tiempos.

Rentería también, gracias a Dios, ha tenido y tiene su ideal: su industria, su trabajo. ¿Tendrá también en todos sus miembros el amor que espiritualice su porvenir? ¿que haga de sus airosas chimeneas incensarios grandiosos para el autor de la naturaleza? Porque ¡qué triste que no respondan sus hijos a ese ideal de sacrificio a que les invita su Patrona! Porque el hombre sin la espiritualización de su trabajo, que convierta en piedras preciosas de méritos las gotas de sudor de su frente, como las lágrimas de la Magdalena, ofrendadas al autor de la naturaleza, no es más que una máquina.

Pero hay más: hay esperanzas ponzoñosas. Bacilos microscópicos que insensible, pero eficazmente, van corrompiendo la savia del espíritu; van produciendo la tisis del alma en el individuo y en los pueblos. Su causa y origen, el pecado. Fueron el ideal, si así puede llamarse, de la Magdalena antes de su conversión. Que no se diga que el pueblo de Rentería imita más a su Patrona en su primera etapa.

En fin, el ideal es la escuela de los héroes, del heroísmo individual, del heroísmo de los pueblos.

Muchas veces no son comprendidos en esta vida heroica; se les persigue, se les desprecia; pero al fin triunfa el ideal, vence el amor.

A Santa María Magdalena la criticaron los fariseos al dar ella el paso decisivo, pero luego fué la predilecta de Jesús, la que recibe la primera visita del Maestro en su Resurrección, en una escena de égloga.

Del ideal y del amor combinados han salido en todas las ocasiones la composición de fuerzas formidables que han movido al mundo en todas sus convulsiones. ¿Ejemplos? ¡La Redención! y en nuestro caso ¡Santa María Magdalena! un ideal; el sacrificio, la penitencia; y un amor, ¡Jesús!

María de Magdalena, sacrificio, penitencia, espiritualización. Rentería, templo del Trabajo, de la Industria. No tengan, pues, sus hijos otro ideal, otra ilusión, en todos sus actos, que el elevar un canto de agradecimiento y de sumisión a Dios Nuestro Señor en el monótono trepidar de su industria, por mediación de su Santa Patrona.